

# Economía: EL DOLAR: UN ENFERMO SALUDABLE

**S**IGNOS cada vez más graves de recesión en Europa y el Japón, alza del precio del petróleo propuesta por la OPEP en Libreville, fracaso de la reunión del Fondo Monetario Internacional en París... Todas las peripecias económicas y financieras de los últimos días han estado dominadas por un hecho crucial: la baja en la cotización del dólar.

Esta baja ha corrido pareja con una caída de la libra esterlina, que ha descendido a su nivel más bajo desde 1971. Ahora bien, la esterlina es, según dicen los banqueros, la primera «línea de defensa» del dólar, divisa que está, pues, herida de gravedad.

La excesiva depreciación de la primera moneda del mundo provoca importantes perturbaciones en todos los mecanismos comerciales y monetarios internacionales, que estaban ya gripados por los años continuados de crisis. «Esta depreciación puede tener una influencia depresiva sobre las demás economías del Occidente industrializado», indica el último boletín de la Banca de París y los Países Bajos. Permite a los Estados Unidos practicar una política de «dumping» a escala planetaria y conquistar mercados —el ejemplo más próximo a nosotros es el del «contrato del siglo»— que se les escapan de las manos a los industriales del Antiguo Continente. Las mercancías «made in USA», que no eran competitivas hace tan sólo dieciocho meses, se benefician ahora, con la depreciación del dólar, de una rebaja de facto del 25 por ciento.

De todo ello resulta una extraordinaria mutación en las relaciones económicas entre ambas orillas del Atlántico. «Los salarios USA, considerados como los más altos del mundo, resultan muchas veces inferiores a los europeos para categorías similares si se convierten en monedas europeas al índice de cambio que rige actualmente», observa el boletín de Paribas. Este califica el curso actual del dólar de «económicamente absurdo». Un instituto alemán dedicado a las investigaciones de tipo económico ha calculado el coste comparado de la cesta de la compra en Alemania y los Estados Unidos. La cesta en Alemania es un 20 por 100 más barata que en los Estados Unidos, algo inaudito. Calculado según el índice de cambio actual, la renta «per cápita» en Francia sería equivalente a la renta «per cápita» en los Estados Unidos. Lo que resulta aberrante.

De persistir la baja del dólar, asistiremos a una completa inversión de las relaciones comerciales entre Norteamérica y el Antiguo Continente: los productos europeos, encarecidos, se venderán cada vez menos al otro lado del Atlántico, mientras que los productos americanos invadirán la vieja Europa. El fenómeno es ya perceptible en

el sector de los transportes marítimos. Como observa un armador francés: «Antes, nuestros cargueros salían atestados de mercancías de El Havre con rumbo a los puertos norteamericanos. Pero resultaba difícil encontrar flete para el viaje de vuelta. Hoy ocurre todo lo contrario». Gracias a la depreciación del dólar, los Estados Unidos han conseguido un importante «superavit» en su balanza comercial desde comienzos de 1975, mientras que en 1974 tuvieron un «déficit» de más de tres mil millones de dólares. Incluso han realizado un saldo positivo en la balanza global de pagos, muy deficitaria durante varios años. La baja del dólar es, pues, un triunfo comercial de primer orden, del que los americanos se proponen beneficiarse al máximo.

Después de la guerra del Kippur y de la elevación acelerada del precio del petróleo, los medios financieros internacionales estimaron que la situación creada beneficiaba sobre todo a los Estados Unidos. Así pronosticaron un fuerte alza del dólar. En París, el Ministerio de Finanzas estaba tan convencido de que tal cosa sucedería, que animó a las empresas del sector público a especular sobre el alza de la divisa norteamericana. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario: La acumulación de las deudas norteamericanas contraídas en el extranjero en el transcurso de los últimos años es tal, que circulaban unos ciento veinte mil millones de dólares fuera de los Estados Unidos. Basta que los que poseen en este momento esos fondos, preocupados por el futuro del dólar, se desahagan de esa divisa, para que se acentúe la baja de la moneda norteamericana.

Debido al provecho comercial que obtienen de la depreciación del dólar, los norteamericanos no hacen prácticamente nada por evitar esa caída. Esto se ha visto claramente en la reciente reunión de ministros de Finanzas de Occidente, celebrada en París en el marco del FMI. Las divergencias de puntos de vista entre Francia y los Estados Unidos surgieron allí a plena luz y provocaron el fracaso de las conversaciones.

La nueva disputa monetaria entre París y Washington comenzó el 15 del pasado mes de mayo, con motivo de la reunión del «Grupo de los Diez» en París. El subsecretario norteamericano del Tesoro, Jack Bennet, salió de la reunión declarando que no se había conseguido ningún provecho y que franceses y norteamericanos seguían manteniendo puntos de vista opuestos: oro y las paridades de cambio. El 22 de mayo, Jack Bennet, de vuelta en Washington, se pasaba al ataque acusando a Francia, en una entrevista concedida al «Wall Street Journal», de obstaculizar el progreso de la reforma monetaria. El 23 de

mayo, el ministro francés de Economía y Finanzas, Jean-Pierre Fourcade, le devolvía la pelota, acusando a su vez a los Estados Unidos de incumplimiento de los compromisos contraídos en enero en el FMI. Por fin, Jean-Pierre Fourcade y William Simon, secretario del Tesoro norteamericano, comían juntos en París, el 28 de mayo, para tratar de llegar a un acuerdo, sin que se consiguiese empero ningún resultado, al mantenerse ambos en sus trece.

Hace dos semanas continuaron las conversaciones en el castillo de la Muette. Jean-Pierre Fourcade, apoyado por alguno de sus colegas, pidió que el dólar volviese a su antigua cotización, un 15 por ciento superior a la actual. William Simon no accedió a ello. La cotización actual —respondió— corresponde a la ley del mercado. Ni hablar de renunciar al régimen de flotación del dólar para volver al de paridades fijas, abolido hace ya



dos años a instancias de los propios Estados Unidos.

Tampoco han hecho concesión alguna los Estados Unidos en lo relativo al problema del oro. Como se sabe, USA quiere excluirlo del sistema monetario internacional. Tratan de que descienda su cotización en el mercado libre para limitar los medios de acción de países como Francia, Italia o Alemania, cuyos Bancos centrales disponen de ingentes reservas de ese metal. En una palabra, durante la reunión de los veinte ministros de Finanzas del FMI, los representantes norteamericanos mostraron una actitud inflexible. Trataron de conservar toda su libertad de maniobra

a fin de conceder al dólar un papel de acuerdo con los intereses norteamericanos exclusivamente. Hoy juegan a la baja del dólar porque les interesa. Mañana jugarán al alza si las circunstancias así lo exigen.

Por lo demás, esta actitud de intransigencia parece remuneradora no sólo en el frente monetario, sino también en el petrolero. En Libreville (Gabón) acaban de reunirse los representantes de la OPEP. Su conferencia estuvo precedida de una auténtica cortina de fuego a cargo de los partidarios de la elevación del precio del crudo. Apoyado por Argelia, Venezuela e Irak, el Shah del Irán había pedido un aumento de los baremos de venta de hasta un 35 por 100. Tal tesis maximalista no triunfó, sin embargo. Fue finalmente el «clan» de los moderados, encabezados por la Arabia Saudita, que defiende puntos de vista afines a los defendidos por Washington, quien se llevó el gato al agua. Es cierto que en la conferencia de Libreville se decidió desvincular del dólar al régimen de pago por suministros de petróleo. Los pagos por este concepto se efectuarán en adelante sobre la base más estable de los «derechos especiales de giro» (una especie de cóctel de monedas emitido por el Fondo Monetario Internacional). De ahí resultará una alza limitada del petróleo que no se aplicará, sin embargo, antes del otoño.

Es cierto, sin embargo, que los partidarios de una fuerte elevación del precio del crudo volverán a la carga en la reunión de la OPEP del próximo mes de septiembre. La congelación del precio oficial del petróleo, decidida a finales de 1974 para un plazo de nueve meses, vencerá el 1 de octubre. Los partidarios del alza tendrían mayores oportunidades de imponer sus tesis si de aquí a entonces Henry Kissinger no intentase una operación de diversión, por ejemplo, encarrilando la nueva conferencia sobre energía que Giscard trata de reactivar. La reanudación del diálogo entre países productores y consumidores de petróleo permitiría tal vez llegar a un compromiso sobre los precios. En el estado actual de la relación de fuerzas en el mercado mundial de la energía, en el que los productores sólo con dificultad consiguen comercializar la producción de sus yacimientos e imponer de forma unilateral el alza de los precios, tal compromiso no podría realizarse sino con el apoyo de Washington.

Los últimos rebotes de la crisis internacional han demostrado que la economía del mundo estaba «enferma del dólar». Los Estados Unidos manejan en gran medida las claves de su curación. Pero están más que decididos a no utilizarlas más que en beneficio propio y en el momento más oportuno. ■ JACQUES MORNAND.